

La Alemania Nazi

1933-1945



Álvaro Lozano

Prólogo de
Julio Gil Pecharromán



ÁLVARO LOZANO

LA ALEMANIA NAZI (1933-1945)

Marcial Pons Historia

A Guillermo, Inés y Pablo con la esperanza de que no tengan que conocer nunca fantasías ideológicas asesinas como el nazismo.

«Se me recordará como el alemán más grande de la historia».

Adolf Hitler, 15 de marzo de 1939.

Prólogo

Cuando, en 1994, el historiador británico Eric J. Hobsbawm culminó su fundamental estudio sobre la Historia del mundo contemporáneo con un volumen a cerca del siglo pasado, lo tituló *Age of Extremes*, que en su versión española se convirtió en un descafeinado *Historia del siglo XX*. El concepto define muy bien lo que representó la centuria. Un tiempo de radicalidades, marcado por el nacimiento de propuestas doctrinarias totalizadoras, extremas en sus planteamientos y en la brutalidad de sus efectos: el estalinismo, el fascismo, el neoliberalismo, el fundamentalismo islámico. La centuria de las guerras más devastadoras que ha conocido la Humanidad, de los genocidios más letales, de la globalización de las crisis económicas. Y, a la vez, el siglo de la democracia, de los derechos humanos, de los grandes avances tecnológicos.

Pero hay un momento, poco antes de mediada la centuria, que permanece en nuestra conciencia como especialmente traumático, como el epítome de la crueldad y la sinrazón en la era de las masas. Es la Segunda Guerra Mundial. Y, vinculado estrechamente a ella, el recuerdo de la génesis, la evolución y la muerte de un sistema de pensamiento, de organización social y de acción política que sacudió intensamente el continente europeo entre las dos guerras mundiales y que conocemos como nazismo.

El nacionalsocialismo alemán se engloba dentro de lo que, genéricamente, definimos como el totalitarismo fascista, un modelo de organización de la sociedad y del Estado, con variantes nacionales, que se convirtió en sinónimo de triunfo en la Europa de entreguerras. Pocos términos históricos, o políticos, admiten una polisemia tan diversa como el de «fascista». Desde su primitiva vinculación a la identidad de un partido político y de una propuesta ideológica, luego a una forma de Estado, más tarde a un bloque geopolítico y militar en

guerra, para alcanzar en nuestros días el valor de exabrupto o descalificación de una conducta personal.

Pese a su estrepitosa derrota de 1945, la connotación histórica del fascismo ha conservado un cierto aura de prestigio, o siquiera de fascinación, entre colectivos sociales concretos. En la Europa centro-oriental, caído el Muro de Berlín, durante los años noventa se produjo una cierta reivindicación de la fascistización de entreguerras por la vía de un renacido anticomunismo y de la reafirmación nacional frente a los vecinos. En el Oeste, la herencia del fascismo de los años treinta siempre ha sido reivindicada por opciones nacionalistas que, en no pocas ocasiones, han sentado diputados en los Parlamentos democráticos.

Pero muy poco de esta apreciación, de esta nostalgia totalitaria, hoy en día residual, alcanza al nazismo y a su líder, Adolf Hitler. El Tercer Reich alemán y el movimiento político que lo encarnó permanecen en las conciencias como la encarnación misma del Mal, como la suma de las abominaciones que es capaz de asumir y protagonizar una colectividad humana. En el siglo de los extremos, el nazismo es el extremo mismo, porque sólo la deshumanización absoluta se puede concebir más allá de su doctrina y de su práctica.

Vamos camino de los cien años desde que un grupo de nacionalistas radicales, entre los que se encontraba un artista frustrado llamado Adolf Hitler, pusieran en marcha su experimento de «socialismo nacional» como respuesta a la humillación de Versalles. En este tiempo se han vertido ríos de tinta sobre el *Führer*, el NSDAP, la Alemania nazi y el Nuevo Orden Europeo. Las polémicas, difícilmente exentas de presentismo e intencionalidad política, alcanzan hasta nuestros días e incluso han dando lugar a leyes prohibiendo la defensa de determinadas posiciones negacionistas o justificativas del nazismo, ajenas a lo que es una visión ortodoxa de condenación absoluta. Las consecuencias de lo actuado por Hitler y sus seguidores aún condicionan muchas políticas en Europa y otros lugares, su herencia nos mantiene en guardia, su valoración lleva fácilmente a situaciones crispadas. No puede ser de otra manera. En la medida en que sus mayores recurran al olvido como bálsamo de convivencia, las nuevas gene-

raciones se enfrentan al peligro de desconocer, que puede ser el preludio a repetir.

La recreación historiográfica del Tercer Reich no es, por lo tanto, sólo un ejercicio de estilo literario, o de ensayo intelectual para especialistas o minorías. Debe ser, sobre todo, pedagogía. Desde el compromiso con su ejercicio profesional, los historiadores asumen el deber de la objetividad científica, pero también de la defensa de unos valores universales que fueron ampliamente conculcados por el hitle-rismo. La mejor forma de demostrarlo es el rigor en la utilización de las fuentes, en la exposición narrativa, en la síntesis y valoración de las polémicas surgidas entre escuelas de historiadores. La construcción, en definitiva, de tesis solventes y contrastadas que transmitir al lector. Y eso es lo que hace Álvaro Lozano en el libro al que sirven de pórtico estas palabras.

Lozano, doctor en Historia, vive su disciplina con pasión vocacional. Su condición profesional de diplomático en ejercicio le otorga, además, una perspectiva añadida de la evolución de los procesos globales, de la interacción entre las sociedades, que privilegia su capacidad de análisis de las grandes estructuras históricas. Ya lo ha demostrado en libros anteriores, sobre los tiempos de la guerra mundial o de la guerra fría. Es, también, un lector inquieto, que no se conforma con una versión, sino que acude a la pluralidad de fuentes disponibles, contrasta, valora y trasmite con criterio firme y sosegado.

En esta historia de la Alemania nazi, el autor nos plantea un recorrido por la pluralidad de aspectos de la vida social que abarcan un Estado totalitario. Desde la causas que posibilitaron el nacimiento del partido, o las que contribuyeron a su ascenso y culminación, hasta la forma en que la dictadura organizó el control de la sociedad alemana, las doctrinas que lo justificaron o a las que llevaron a una política agresiva de expansión que terminó siendo suicida. Lozano no rehuye ninguna de las grandes polémicas que acompañan a la historia del nacionalsocialismo. Los efectos de Versalles sobre el pueblo alemán, la personalidad de Hitler y su poder real dentro del sistema, las políticas raciales y el Holocausto, la responsabilidad colectiva de los alemanes de la época, el papel de la oposición interna al nazismo... Todos estos debates historiográficos, iluminados en el libro a la luz de

las aportaciones de docenas de especialistas, conforman un panorama complejísimo, pero que en la ordenada prosa de nuestro autor resulta lógico y comprensible.

Esta historia de la Alemania nazi supone una llamada a la continuidad de la reflexión sobre las vías equivocadas para resolver los problemas colectivos, sobre la necesidad de permanecer vigilantes en la defensa de la democracia y de la convivencia. Sobre un tiempo de violencia e irracionalidad que no está lo suficientemente lejano como para que no pueda amenazar nuestro futuro. Porque el nazismo encarnó, como ninguna otra fuerza política en la era contemporánea, una propuesta de deshumanización de los valores sociales que encontró su mejor plasmación en la gigantesca catástrofe que se llevó por delante decenas de millones de vidas. Y en esto, da lo mismo cien que cien millones porque, como reflexiona Hobsbawm en su *Age of Extremes*, en lo tocante a las cifras de víctimas del totalitarismo, «ninguna puede ser sino vergonzosa y más allá de cualquier excusa, no digamos justificación».

Julio GIL PECHARROMÁN

1

Introducción

El pasado que no quiere pasar

«Oíd, oíd lo que los hombres han hecho».

Eugenio D'Ors,
Historia del mundo en quinientas palabras.

La tarde del 4 de mayo de 1945 llovía copiosamente sobre la región alemana de Lüneburg Heath. Los fuertes y gélidos vientos provenientes del Mar del Norte barrían de manera incesante con enormes cortinas de agua esa zona conocida por sus hermosos bosques de pinos y abetos. En un pequeño claro de un bosque se encontraba una tienda de campaña cuyas lonas eran continuamente zarandeadas por el viento. En su reducido interior sólo había espacio para una mesa de cocina cubierta por un mantel de color azul sobre la que se habían colocado dos micrófonos. Al lado de la tienda se encontraba estacionada una caravana. Se trataba del cuartel general móvil del mariscal británico Sir Bernard Montgomery «Monty».

A las cinco en punto de aquella desapacible tarde, un grupo de oficiales alemanes se acercó a la caravana. Iban encabezados por el almirante Von Friedeburg y el general Kinzel, jefe de Estado Mayor de las fuerzas alemanas en Alemania del Norte, bien vestido con un abrigo verde de la *Wehrmacht* en el que destacaban las relucientes solapas rojas de los generales alemanes y en su rostro un monóculo. Para los soldados y oficiales aliados presentes, Kinzel parecía la representación clásica del ejército prusiano. Iba acompañado de un grupo diverso de oficiales vestidos con uniformes desgastados de color gris. Los alemanes permanecieron unos interminables minutos, desconsolados y ateridos bajo la fría lluvia, rodeados de los corres-

ponsales de guerra aliados que intentaban describir los detalles de aquel histórico momento.

Tras esperar pacientemente, el almirante alemán ingresó en la caravana de «Monty». Unos minutos más tarde reaparecería. Posteriormente, lo hacía Monty. «Ha llegado la hora», les dijo a los impacientes corresponsales antes de pasar al interior de la tienda de campaña. Montgomery, con rostro serio, se sentó y con un gesto de la mano invitó a los oficiales alemanes a hacer lo mismo alrededor de la mesa. Monty se ajustó sus gafas y desplegó un grupo de documentos que llevaba en la mano. En voz alta y firme leyó: «Instrumento de la rendición de todas las fuerzas alemanas en Holanda, Alemania del Noroeste, incluyendo todas las islas y Dinamarca. El Alto Mando alemán acuerda...». Una vez que hubo finalizado los oficiales alemanes firmaron cariacontecidos el solemne documento: el almirante Von Friedeburg, el general Kinzel, el contralmirante Wagner y el general Pauhle. Finalmente Montgomery tomó la pluma. «Y ahora», dijo, «firmaré en nombre del Comandante Supremo Aliado, el general Eisenhower», «B. L. Montgomery, Mariscal de Campo»¹.

De aquella forma, en aquella reducida tienda de campaña, la terrible y devastadora Segunda Guerra Mundial llegaba a su fin. La escena se repitió en el Sur de Alemania y en el Este con las tropas rusas. Europa era tan sólo un montón de ruinas. El «Reich de los Mil Años» había llegado a su apocalíptico final. En el verano de 1945 Churchill afirmó que Europa era tan sólo «un montón de escombros, un osario, un semillero de pestilencia y odio»².

El Tercer Reich alemán tuvo un impacto global, su destrucción dio paso a la Guerra Fría entre los Estados Unidos y la Unión Soviética — con la consiguiente división de Alemania durante cuarenta y cinco años—, aceleró el proceso de descolonización y propició la creación del Estado de Israel.

Una vez que se apagaron las cenizas del búnker de Hitler comenzó otra batalla muy diferente, la batalla de la historia que, incluso hoy, parece resucitar con fuerza. Así, el año 2005 se estrenaba la controvertida película *El Hundimiento*, en la que se presentaba a un Hitler más «humano» que chocaba con la visión demoníaca que se había mostrado hasta ese momento. La película, aunque polémica, tuvo

una buena acogida por parte del público. Su éxito y el interés creciente por la Segunda Guerra Mundial en todo el mundo demuestran claramente que el fenómeno de Hitler y el nazismo dista mucho de haber sido enterrado definitivamente³.

Ninguna figura domina la historia del siglo XX (con la posible excepción de Lenin y Stalin) como Adolf Hitler. Resulta casi imposible comprender los acontecimientos de la Alemania nazi entre 1933 y 1945 sin entender la personalidad, la ideología y la increíble carrera de Hitler. La Segunda Guerra Mundial, por ejemplo, no puede explicarse sin el estudio de su figura. El historiador Ian Kershaw apuntaba acertadamente que «parece que incluso las mejores biografías a veces corren el riesgo de elevar el poder personal de Hitler hasta un nivel en que la historia de Alemania entre 1933 y 1945 se reduce a poco más que la expresión de la voluntad del dictador». Trevor Roper, tras una vida dedicada al estudio del período, señalaba que Hitler «era un misterio terrorífico». El biógrafo de Hitler, Alan Bullock, reconocía: «Cuanto más estudio a Hitler, más difícil me resulta explicarlo»⁴.

Los límites de la historiografía sobre Hitler fueron reconocidos por Yehuda Bauer, fundador de la disciplina de estudios sobre el Holocausto: «No es imposible explicar a Hitler, pero puede que sea ya demasiado tarde. Demasiado tarde porque muchos testigos cruciales han fallecido sin dar su testimonio, porque muchos documentos cruciales han sido destruidos, muchas memorias fallan, porque muchas lagunas en la documentación no serán ya superadas, demasiadas ambigüedades no pueden ser ya resueltas». Según Bauer, «Hitler no es inexplicable, pero el hecho de que algo sea explicable no quiere decir que haya sido ya explicado»⁵. Albert Speer, arquitecto personal y lo más cercano a un amigo que tuvo Hitler, señalaba durante sus años en la cárcel: «Tengo la impresión de que la gente está representando a Hitler como un dictador dado a los ataques incontrolados de furia... Esto me parece un camino equivocado. Si las características humanas de Hitler son eliminadas, si su poder de persuasión... e incluso el encanto austriaco que podía desplegar son dejados de lado en el análisis, nunca se obtendrá una imagen fiel de Hitler»⁶.

Se trató, sin duda, de un hombre que ha marcado de manera persistente nuestra época. Los doce años de Hitler en el poder cambiaron para siempre Alemania, Europa y el mundo. Se trata de uno de los pocos individuos del que se puede decir con absoluta certeza que sin él, la historia habría sido completamente diferente. Su legado inmediato, la Guerra Fría, una Alemania dividida en una Europa partida en dos, en un mundo donde dos superpotencias se enfrentaban con armas capaces de hacer desaparecer el planeta, finalizó hace tan sólo unos años. Su legado más profundo, el trauma moral, todavía permanece. Su peor herencia, la de peores consecuencias, fue el pánico que apareció tras su muerte, ya que demostró de lo que era capaz una persona contra otros seres humanos. «Desde entonces, hay una profundísima grieta en la patética imagen que el ser humano ha confeccionado de sí mismo, a pesar de los delitos de los que la historia está llena»⁷. Es por ello que no podemos comprender el mundo que nos ha tocado vivir sin el conocimiento de ese período en el que se rompieron los diques de la civilización.

La enorme atención que ha suscitado el nazismo no ha conseguido disipar ciertas visiones falsas sobre el mismo que se resisten a desaparecer de la cultura popular. Una de las más persistentes es la idea de que el Estado nazi era monolítico y todopoderoso. El Estado nazi entre 1933 y 1945 debe ser analizado como una suma de pequeños Estados que configuraron una identidad política utilizando ideas fuerza del pensamiento nacionalsocialista como el nacionalismo, el militarismo, la lucha de clases, la superioridad racial o la creación del *Volksgemeinschaft* o Comunidad del Pueblo. El poder relativo y la importancia de estos pequeños Estados dependían de la efectividad con la que sus líderes tuviesen acceso y se ganasen el favor de Hitler.

Todas las aproximaciones a la naturaleza del nacionalsocialismo (nazismo) han provocado un debate interminable. No existe consenso sobre el papel de Hitler como *Führer*, ni sobre la política exterior o económica, ni sobre la estructura del Estado nazi, ni sobre los acontecimientos que llevaron al Holocausto⁸.

Para los historiadores marxistas, el nazismo fue un movimiento de masas manipulado por los grandes industriales en un último intento de frenar el avance del socialismo por parte de los Estados capitalis-

tas. En ese contexto, Hitler no era más que un peón en manos de la burguesía industrial alemana. Para la escuela de historiadores nacionalistas, Hitler llevó a cabo una verdadera revolución que era a la vez antiliberal y antimarxista. En ese sentido se ha argumentado que contó con el apoyo de Gran Bretaña. No deja de ser paradójico que en una fecha tan tardía como 1937, Churchill señalara que Hitler sería considerado por la historia como «una de las grandes figuras que han enriquecido la historia de la humanidad». A su vez, el político británico Lloyd George le veía como el liberador del pueblo alemán.

Hasta los años sesenta la definición del nazismo fue el tema de debate fundamental en la investigación histórica en Occidente. Un cambio radical se produjo con la llamada «controversia Fischer». Este historiador defendía, a principios de esa década, la tesis de la continuidad en la historia alemana según la cual los objetivos de las élites alemanas durante la Primera Guerra Mundial no diferían en lo esencial de los de Hitler. El debate aún no puede darse por concluido. En respuesta a esa crítica contra la historia alemana, historiadores como Friedrich Meinecke y Gerhard Ritter argumentaron que el nazismo debía enmarcarse en el contexto amplio de la crisis europea general desencadenada por la Primera Guerra Mundial.

Historiadores como Martin Broszat y Hans Mommsen entre otros, de la escuela denominada «estructuralista», han discutido la visión ortodoxa de un Hitler todopoderoso y han señalado que el estudio de las «grandes» (en sentido de «importantes») figuras históricas debe ser completado con el análisis estructural de las sociedades en las que vivieron. Para estos historiadores, Hitler era a menudo prisionero de fuerzas y estructuras que él había podido desencadenar o crear pero que no siempre podía controlar. Esta visión es fuertemente contestada por los historiadores ortodoxos (Andreas Hillgruber y Klaus Hildebrand entre otros), también llamados «intencionalistas», quienes consideran que Hitler es el eje central sobre el que debe estudiarse el Tercer Reich y el nazismo en general. El núcleo de ese debate históricofilosófico versa sobre el papel del individuo en la forja del curso de los acontecimientos históricos (la «intención») contra las limitaciones de la libertad de acción del individuo impuestas por los «determinantes estructurales».

El gran problema del estudio del nazismo es la dificultad de «histo-rización» del tema. Las atrocidades cometidas durante el período hacen que la objetividad histórica sea una misión casi imposible. Al enterarse de la orden que abandonaba a su suerte a los prisioneros de guerra soviéticos en 1941, el comandante general Von Tresckow señaló a un oficial amigo suyo que la culpa caería sobre los alemanes por cien años «y no sólo sobre Hitler, sino sobre ti y sobre mí, sobre tu mujer y la mía, sobre tus hijos y sobre los míos, sobre la mujer que cruza ahora la calle y sobre el niño jugando con la pelota por allí». La larga sombra de la guerra de exterminio en Rusia y del Holocausto ha hecho muy difícil que los historiadores puedan «normalizar» el estudio del nazismo y tratarlo como un período más. Para Dan Diner, historiador opuesto a la «normalización», Auschwitz «es una tierra de nadie del entendimiento, un agujero negro sin explicación, un vacío de interpretación»⁹.

Inevitablemente todos aquellos que vivieron durante la época nazi van desapareciendo. En unos años no habrá ya nadie que haya vivido durante ese trágico período y es posible que en Alemania se esté desvaneciendo el sentimiento de culpabilidad que ha prevalecido hasta ahora entre la población. El deseo de estudiar de forma objetiva el período nazi se concretó durante los años ochenta cuando un grupo de historiadores alemanes intentó analizar esa época como cualquier otro período histórico y consideraron que había llegado el momento de pasar la página del nazismo. Según el historiador Broszat, la maldad del período nazi había sido mostrada tan a menudo que había perdido su capacidad para impresionar. Había llegado el momento, según Broszat, de tratar de abordarlo en el contexto más amplio de la historia alemana. Los intentos de llevar a cabo una «normalización» de la historia del nazismo encontraron una respuesta acalorada en Alemania. Los críticos de este enfoque, que pertenecían en su mayoría a la izquierda liberal, consideraban que se estaba intentando relativizar el nazismo (y muy especialmente el Holocausto) para proporcionar a Alemania un «pasado utilizable». Resultaba innegable que hacia la década de los ochenta la imagen de la República Federal de Alemania era un tanto esquizofrénica. Por un lado, era el país del milagro económico que había proporcionado prosperidad y esta-